

ODISEA AFRICANA

No es el título de una película, ni el de una composición musical de vanguardia. Es la obra de Yuder. *El sueño de Yuder Pachá*, que también podría dar nombre a este artículo.

Mientras se celebran las *bondades* del gran príncipe, rey-dios máximo del imperio donde nunca se ponía el sol, bueno será recordar qué sol abrigaba a los cientos de miles de cristianos y musulmanes, deportados por la política absolutista y la ambición del rey y las autoridades que se repartían sus pertenencias.

Por los caminos sinuosos que, a través de los montes del reino de Jaén, conducen a la meseta, los deportados no debían pensar en el rey Felipe como un príncipe culto ni mecenas, mientras los látigos se incrustaban en sus espaldas y los puntapiés eran la respuesta a su cansancio.

Una de aquellas largas hileras quedó rota, cuando Diego *el cuevano* terminó con la vida y el sadismo del verdugo -también cuevano- que les vigilaba. Después solo le quedaba la huida o la muerte. Y Diego empezó a elaborar su *sueño*, cuando desde las costas andaluzas, se encontró con otros cientos, miles de huidos que, como él, habían preferido el exilio a la deportación.

Suponía una ruptura con todo lo vivido hasta entonces. Su vida cómoda en Cuevas del Almanzora, gracias a la situación desahogada de su familia; la convivencia entre *cristianos viejos* -los llegados tras la conquista- y *nuevos* -los arraigados durante generaciones-, obligados a llevar el sello de *moriscos*, que les aseguraba la ciudadanía de segunda; y, a pesar de todo, la tolerancia aprendida de sus mayores, cayeron barridas por la fuerza de un decreto de deportación que ponía sus riquezas en poder de la corona. Una *limpieza étnica* rentable. Las guerras en Europa eran muy costosas.

Llegado a las costas africanas, su primera preocupación fué que los andaluces no entraran en Marruecos como una banda de salteadores famélicos. Su determinación, su carácter, su capacidad para aglutinar y dirigir a los hombres, su respeto a los demás, cautivó a los marroquíes, y convirtió el cruce del Atlas en una aclamación. Sus compañeros, a imitación del pueblo marroquí, empezaron a llamarle Yuder Pachá. *Pequeño Señor*.

Tuvo que enfrentarse a unos miles de desesperados y convertirlos en una fuerza disciplinada. Como tal, el ejército por él creado, fué decisivo para el califa Al Mansur. Gracias a los andalusíes, pudieron hacerse frente a varias sublevaciones que pretendían derrocar al califa. Su intervención inclinó la balanza del lado marroquí, en la guerra de los tres reyes.

Al Mansur vió la calidad del hombre que, de unos miles de desheredados, había hecho el cuerpo de ejército más disciplinado y fuerte de Marruecos. Y le encargó la tarea que Yuder mejor podía desear.

Mientras todos soñaban con la vuelta y la recuperación del territorio del que habían sido desposeídos, Diego Guevara veía más allá. Consciente de la imposibilidad de enfrentar sus fuerzas al entonces poderoso ejército español, se planteó buscar un lugar donde *sus* andaluces pudieran crear un nuevo hogar. Una nueva patria donde poder convivir, como habían venido haciendo en la que habían perdido.

No era la primera vez que el Califa de Marruecos intentaba conquistar las tierras al sur del desierto, entonces integradas en el imperio de Sudán. Pero todas sus tentativas anteriores habían fracasado. Sus ejércitos habían sido vencidos por los desiertos -el de arena y el de sal- antes de llegar a su objetivo.

El ejército andalusí, después de duras jornadas de marcha, famélico, diezmado, fatigado por la sed y las grandes extensiones inhóspitas, consiguió llegar a su destino. La suerte les echó una mano; una sutil providencial ayuda, que había de volvéseles en contra con el tiempo: cuando estaban a punto de desfallecer, desorientados en la gran extensión salina, apareció una caravana. Ante la negativa del caravanero a entregarles agua y provisiones, Diego Guevara la confiscó; pero le abonó su valor. No la asaltó, no la robó. Posteriormente sería utilizado en su contra.

Llegados a la curva del Níger, los andalusíes no se enfrentaron a los nativos. Intentaron evitar la lucha con el ejército sudanés. Pero los gobernantes locales, primero, y el propio *Askia* -emperador de Sudán- después, se lo impidieron.

Yuder no era un conquistador. Su intención no fué *crear un imperio* ni, mucho menos, *vaciar* el lugar donde debieran instalarse. A diferencia de quienes les habían expulsado de sus tierras andaluzas, no pretendían ocupar un territorio, sino instalarse en él. No intentaron expulsar a los ocupantes anteriores, sino convivir con ellos. Por eso su gesta solo es comparable a la de los grandes conquistadores, pero con actitud integradora. Su figura solo tiene un precedente en Alejandro.

Fracasado el intento negociador, se produjo el enfrentamiento. Los andalusíes vencieron a un ejército cinco veces superior en número. Pero la coincidencia de intereses entre el califa y Yuder, concluía con la partida de Marruecos. A la conquista marroquí, se oponía *el sueño*. Yuder Pachá buscaba un sitio donde crear un país. Sus intentos para evitar la batalla con el *Askia* fracasaron. Pero le perdonó la vida y firmó un acuerdo con él. No fué la única diferencia con el Califa. Aunque este no llegara a saberlo, Yuder buscaba una tierra donde asentarse. Buscaba un lugar con cuyos nativos entenderse. Una tradición de siglos de tolerancia, debía ser mantenida. Y en la curva del Níger había sitio para todos.

Jamás se aprovechó de sus conquistas. Trató a los vencidos como iguales y no permitió ningún abuso con ellos. Los andaluces se integraron, porque fueron aceptados. Muy pronto fué tan querido en el Níger como lo era en Marruecos.

Chocaban los principios morales, las filosofías. Los intereses.

Pese a recibir importantes caravanas cargadas con oro, procedentes de Tombuctú y la curva del Níger, el califa llamó a Yuder a Marrakesh. Depuesto este, el nuevo califa e hijo del anterior, Mulay Zidán, sometió a Yuder a juicio. Aunque se preocupó de adornar la farsa, e incluso cínicamente testificó a su favor, -le forzaba la multitud, congregada en las calles- también *reconoció* ladinamente, que había traicionado a su padre *por no haber devastado aquellas tierras, no haber asesinado al Askia y haber firmado un acuerdo con él*. Zidán temía al hombre que era capaz de aglutinar al pueblo alrededor suyo.

Falta de fuerza la acusación de traición, le acusaron del asalto a la caravana. Era la única forma de legitimar el asesinato de un líder, por el que el pueblo marroquí se manifestaba a las puertas del tribunal que lo juzgaba. Le acusaron de transgredir las leyes de Alá y le llamaron *asesino* de caravanas. Allí encontró el tribunal la "*razón*" que le faltaba. Las caravanas eran sagradas, en la ley coránica. Y, en vez de condenar la negativa a socorrer a diez mil personas a punto de perecer, se volvía la legislación, como un calcetín, para condenar a quien los había salvado.

Su acompañante, Reduán, murió rezándole a la Virgen del Pilar, cuya imagen llevaba al cuello.

Él y los más de diez mil andaluces que hicieron el largo y peligroso camino, desde Marrakesh a Tombuctú, que se internaron en las arenas capaces de sepultar a un ejército y en las grandes extensiones de sal, donde no existe la vida, habían ayudado al Califa en sus guerras y habían vencido para él. Fueron piezas

importantísimas en la guerra *de los tres reyes* y en varias revueltas y traiciones contra el propio califa.

No fueron al Níger como conquistadores, y por eso fueron aceptados. Crearon regadíos, industrializaron el país, en la medida de su tiempo. Dieron monumentos a Tombuctú que hoy son Patrimonio de la Humanidad. Se integraron en la población, aunque mantuvieron su personalidad. Personalidad que hoy aún perdura, en los Armas y los Turé.

La biblioteca que el Centro Ahmed Babá, está formando en Tombuctú con libros llevados por los andaluces, cuenta con obras como el Nuevo Testamento o los cuentos de Don Juan Manuel. Seguramente su posesión sería suficiente para hacerlos sospechosos a los ojos de la Inquisición.

Y es que estos andaluces, llamados *moros* en España y *cristianos* en Marruecos, han dado reformadores, como Samori Turé, y legisladores, como Sekú Turé, presidente de Guinea Konakry. Pero no pudieron ver finalizado su sueño. Porque el brazo que los guiaba cayó víctima de la envidia, de la intransigencia, personificada en un usurpador: Mulay Zidán.

Rafael Sanmartin